

Por Derecho.

Nací; y bien;
y me excomulgan porque amo
y lo digo;
y me censuran porque amo
y lo grito;
y me lapidan
porque ofrezco el corazón
y abduco del cerebro.

Nací; y bien;
y no soy atomista,
ni general de cinco estrellas,
y me gusta el ritmo
del Greenpeace.

Yo nací, y ya;
y grito mis dilemas
porque reconozco que los tengo.
Nací, y sé que el que no grita
tiene todavía que nacer a la vida.

Problemas.

Diré después que fue sencillamente,
así, sin mucho que contar;
Que estuvimos de acuerdo en separarnos,
que no hubo lucha, que no hubo tensión.
Los amigos, ya sabes, crearán.
Me iré tan pronto como alcance
la sangre a circular calladamente
y tornen a su sitio en mi cabeza
las calles que he de recorrer.
Vendré otro día
a buscar esas cosas que uno nunca
se decide a dejar.
Saludaré en la puerta, como todos,
sin pasar de la puerta,
y tu vendrás del fondo de la casa,
saludarás también,
me alcanzarás mi atado sin sonrisas,
sin llantos, sin palabras,
y yo te diré entonces comedido:
“Gracias. Y hasta más ver”.

Ojalá.

Crucificarla a besos una noche
en el silencio cómplice del cuarto.
Besarla con furor. Besos incólumes
que perduren sujetos a mis labios.

Tenerla en la amplitud de mis amores,
andar sobre su piel como un sonámbulo,
amanecer sediento de galopes,
lograr que quepa toda entre mis manos.

Precipitarla en la locura torpe
de un incendio voraz en el que ardamos.
Crucificarla a besos una noche
en el silencio cómplice del cuarto.

Me tomas.

Para pensar que vienes yo te nombro,
joya de mi mirada.

Para saberte adicta a mis dos soles,
flor de piel, agua humana.

Estás hecha de todos los deseos
que atraviesan mi noche,
concubina feliz de mi cerebro,
muchacha, tibio roce.

Alas tienes, y bajas a mi rojo
ademán, y me amas;
y yo, fulgor incandescente, fuego torvo,
te beso tus dos alas.

Pajarillo de luz, cálido tálamo,
regrésame a mi arteria,
y dame de beber en tus dos labios
toda la vida que me tengas.

Minuto íntimo.

Salir de mañanita cuando todo
es jovial en el patio
y arrancar una flor adormecida
desde el húmedo tallo.

Regresar a la cama donde duerme
la amada, y a su lado,
decirle en un susurro acariciante
“ ¡mira lo que te traigo ¡”.